



Capítulo 60

Aunque Yutia había hecho repetidamente declaraciones similares, Rine sabía desde hacía tiempo que la Gran Luna era fundamentalmente diferente a ellos. Era amigo del Gran Palaon, que existió durante la olvidada era de los dioses. Utilizaba libremente frases y expresiones de esa era olvidada, que solo podían emplearse mediante la comprensión. Cuando se dio cuenta de que ella poseía una «biblioteca», le otorgó el «Ojo del Rastreador».

Pero, más que nada, lo que hizo que Rine sintiera que la Gran Luna era diferente fue el ojo que tenía en la espalda. Ese ojo, que distorsionaba la percepción con solo mirarlo, ni siquiera estaba registrado en la biblioteca. Fue esto lo que hizo que Rine se diera cuenta claramente de que la Gran Luna era un ser completamente diferente.

Por esa razón, Rine tenía fe en la Gran Luna y no le parecía extraño. Después de todo, no era nada extraño ofrecer fe a alguien tan fundamentalmente diferente.

Debido a esa creencia, Rine nunca dudó ni por un momento de que la Gran Luna ganaría esta batalla. En su corazón, él solo llevaba la apariencia de un humano, un ser que cumpliría su único deseo.

Rine contempló el castillo del señor de la Ciudad Laberinto desde su oficina, mientras continuaba con sus pensamientos.

«La familia, ¿eh?».

En realidad, en el momento en que el Dios Exterior utilizó la magia contra ella, sintió que iba a morir. No había forma de evitarlo en ese momento: la magia del Dios Exterior era ineludible. Había sobrevivido gracias a la Gran Luna, que



la había salvado creando las condiciones para la derrota del Dios Exterior, incluso frente a la muerte. Sin embargo, no acababa de entender las acciones de la Gran Luna.

No creía que su vida valiera la pena arriesgarse en una situación en la que la Gran Luna pudiera perder. Al menos, su propia percepción de sí misma era que no era más que una herramienta útil criada por la Gran Luna para lidiar con los negros. Por lo tanto, no lo entendía. Aunque aún no había completado el Ojo del Rastreador y todavía tenía cierta utilidad, las acciones de la Gran Luna le parecían infinitamente irracionales.

Así que, después de mucho reflexionar por su cuenta, Rine finalmente le hizo la pregunta. Y fue entonces cuando escuchó la palabra «familia».

«Familia...».

murmuró Rine sin rodeos. Para ella, la palabra «familia» no tenía mucho significado. Desde el principio, había nacido en este mundo con una biblioteca y nunca había tenido una familia.

«Familia... eh».

Pero, aun así, al menos en ese momento, las cosas eran diferentes. No es que le diera mucha importancia al concepto de «familia» en sí, ya que seguía sin sentir nada filosófica o emocionalmente por la mera palabra. Sin embargo, la definición de «familia» había cambiado para Rine simplemente porque había sido la Gran Luna quien lo había dicho.

Para ella, que admiraba y veneraba tanto a la Gran Luna que mantenía una distancia respetuosa, la palabra «familia» pronunciada por él sonaba increíblemente dulce.



¿Era porque la Gran Luna la había llamado familia? No. ¿Era porque ahora estaba unida a la Gran Luna por el título de familia? Tampoco era eso.

La dulzura que Rine sentía al oír la palabra «familia» provenía del hecho de que la Gran Luna había reconocido un camino racional para que ella se acercara más a él.

«Un poco más cerca, o más bien... lo más cerca posible, más cerca que nadie», pensó.

Así, si la Gran Luna —no, su «padrino»— la necesitaba más que nadie, incluso más que la Luna Roja...

En algún momento, mientras reflexionaba sobre este nuevo objetivo personal, Rine apartó la mirada de la finca del señor de la Ciudad Laberinto y la dirigió hacia otra cosa. Allí, un espejo de cuerpo entero reflejaba la imagen de Rine.

Su reflejo sonreía. No era una sonrisa superficial. Sonreía alegremente, mostrando claramente sus colmillos, con un ligero rubor en las mejillas. Era una sonrisa que nunca había mostrado ni siquiera delante de los miembros de la Luna Azul.

Era una sonrisa que incluso a la propia Rine le resultaba desconocida.

Mientras la miraba distraídamente, Rine sonrió aún más y murmuró: «Padrino...».

Al principio, solo era una palabra inventada apresuradamente para dirigirse a la Gran Luna con reverencia. Pero ahora, esa palabra creada apresuradamente se había convertido en la más preciada para Rine.



Esa palabra ya se había convertido en la encarnación misma de su relación con la Gran Luna.

Así, tras murmurar esa palabra varias veces, dijo en voz baja: «Me gusta». Luego, cerró los ojos y los volvió a abrir. Cuando los ojos de Rine se abrieron de nuevo, estaban llenos de una fe fanática. Cualquiera que la vieras reconocería un fanatismo claro e intenso.

En el sendero del bosque que hay que atravesar para viajar desde el reino de Asteria hasta la ciudad desértica de Colony, había un hombre. Llevaba a la espalda un par de grandes kama y miraba el cadáver de un hombre. El muerto sostenía una pluma en la mano derecha y había fallecido sin comprender del todo qué le había matado. Le habían retorcido el cuello dos veces, dejando un cadáver espantoso.

A pesar de llevar muerto un mes, el cuerpo no mostraba signos de descomposición, tal vez debido a un hechizo de conservación.

«Je», el hombre que observaba la escena —no, el «agente» que era como el propio cadáver— soltó una risa seca mientras se agachaba y tocaba el cadáver.

En cuanto lo hizo, percibió los restos residuales de magia. El agente se dio cuenta de que el cuerpo había sido encantado con magia de conservación, y se humedeció los labios inconscientemente.

Solo había una razón real para lanzar un hechizo de prevención de la descomposición sobre un cadáver que llevaba muerto algún tiempo: la intimidación.



«Para enviar una advertencia», pensó. Era prácticamente una amenaza que decía: «No vengas a buscarnos o este será tu destino».

«¿Estaba tratando de negociar con el conde Palatio y terminó así?».

El hombre recordó la petición que el fallecido había recibido hacía unos dos meses y comenzó a reflexionar durante un rato sobre cuándo y cómo vengaría su muerte. Los agentes no solían tener mucha camaradería entre ellos, pero el hombre se sintió impulsado a vengar esta muerte por el bien del nombre de «agente». Su identidad, el índice de éxito del 100 % en las misiones, debía mantenerse a toda costa.

Sin embargo, el agente no tenía intención de atacar inmediatamente al conde Palatio.

«... Entonces debe de ser fuerte».

El agente pensó en los rumores que rodeaban al conde Palatio. Durante los últimos años, Palatio había estado vagando fuera del reino de Asteria, forjándose una reputación que, aunque parecía inverosímil, no dejaba de ser impresionante.

Al principio, corrieron rumores de que había contribuido en gran medida a acabar con el Dios Exterior del norte. Luego surgieron rumores de que había ayudado a acabar con dos Baba Yagas en Colony. Por último, corrieron rumores de que se había enfrentado a un Dios Exterior en la Ciudad Laberinto.

«Así que, después de todo, no eran solo chismes».

Para ser sincero, el agente pensaba que la fama del conde Palatio era algo exagerada. Al fin y al cabo, los nobles solían inflar su reputación con trucos



triviales. Pero ahora, al ver que uno de los agentes había sido asesinado sin siquiera oponer resistencia, parecía que la fuerza de Palatio no se basaba solo en rumores.

«Un hombre capaz de matar fácilmente a un maestro caballero y enfrentarse a un dios exterior de los textos...».

El agente pensó en lo que se necesitaría para derrotarlo. «Al menos cinco personas, diría yo... pero ahora mismo solo tengo tres, y ni siquiera conocemos sus habilidades exactas».

Mientras seguía sopesando sus opciones con respecto a la fuerza del conde Palatio, el agente tomó una decisión. «Como ahora mismo no puedo reunir a todas mis fuerzas, buscaré a alguien que conozca en detalle las habilidades de Palatio y le preguntaré».

Con una sonrisa maliciosa, el agente miró hacia Caliban. Su objetivo era Deus Macallian, uno de los Caballeros Maestros y alguien que mantenía una conexión con el conde Palatio.

«Además, me dará la oportunidad de mostrarle a Palatio con quién se ha metido».

Si alguien hubiera podido leer los pensamientos del agente, tal vez se habría preguntado si estaba simplemente loco. Pero el agente sonrió con confianza. Después de todo, todos los agentes eran tan fuertes como un Caballero Maestro.

«Matar a un Caballero Maestro no será difícil».

Con eso, el hombre desapareció de la escena.



Poco más de una semana después, Alon regresó tranquilamente a la mansión del conde y se tomó un largo descanso allí durante más de tres meses. En realidad, había querido reanudar sus actividades inmediatamente después de ocuparse del Dios Exterior, pero, por desgracia, su cuerpo aún no se había recuperado del envenenamiento mágico.

Aunque se había recuperado hasta cierto punto, lo suficiente como para poder usar la magia, aún le llevó tres meses recuperar por completo su capacidad para manejar la magia correctamente. Cuando el sofocante verano había pasado y los fríos vientos del invierno habían llegado, finalmente pudo decir que su cuerpo se había recuperado en cierta medida.

Durante esos tres meses, largos y a la vez breves, Alon se centró en tres cosas. Una era ocuparse de los asuntos internos de la finca que se habían retrasado. Otra era intercambiar cartas con Yutia, que le había enviado una gran cantidad de correspondencia atrasada. Y la última era profundizar en la magia.

Durante unos tres meses, no había podido usar la magia correctamente, por lo que su enfoque había sido principalmente académico. Sin embargo, para él, explorar la magia no era tanto estudiar como disfrutar. Especialmente el breve momento de «automanifestación» que había logrado mientras se enfrentaba al Dios Exterior había despertado aún más su interés.

«... Ya que me he recuperado, probablemente debería regresar pronto a la Colonia... Pero tal vez debería activar primero el anillo que me dio Heinkel... ¿O debería descansar un poco más?».



La verdad era que el cuerpo de Alon no se había recuperado del todo. Aunque su envenenamiento mágico había sido tratado de forma significativa, aún no estaba completamente curado.

Por eso pensó para sí mismo: «Tengo que encontrar la manera de aumentar mi poder mágico de alguna forma».

Justo cuando Alon estaba pensando en ello, alguien lo llamó.

«Conde, señor».

«¿Qué es?».

«Ha llegado una carta... del duque Altia».

«Ah».

Alon tomó la carta de Evan, que tenía la cabeza cubierta de nieve.

Ahora que lo pensaba, no lo había tenido en cuenta debido a su mala salud, pero al recibir la carta, Alon recordó que era el líder de la facción «Kalpha», creada por aquellos que vivían en las sombras.

Cuando abrió la carta, encontró una pequeña esfera de cristal en su interior.

En el momento en que la cogió, *ibuzz~!* el poder mágico vibró ligeramente.

Esto le permitió darse cuenta rápidamente de que la esfera de cristal servía para comunicarse.



Poco después, el rostro del duque Altia apareció a través de la esfera de cristal.

[Ha pasado mucho tiempo, conde].

A pesar de ser duque, Altia inclinó la cabeza con gran cortesía, lo que dejó a Alon reflexionando brevemente sobre cómo responder.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo, asintiendo ligeramente con la cabeza.

«Me pongo en contacto contigo porque es hora de presentar un informe».

«¿Un informe?».

Antes de que Alon pudiera preguntar de qué se trataba, el duque Altia comenzó a darle un «informe» serio y literal justo delante de él.

[Ah, he oido las noticias. Se dice que desempeñaste un papel importante en el manejo del Dios Exterior en la ciudad laberíntica de Lartania].

Antes de pasar al informe propiamente dicho, el duque Altia dedicó unos veinte minutos a elogiar los logros de Alon en Lartania.

[Ah.]

Al darse cuenta de su error, Altia carraspeó y fue al grano. No había ningún problema importante en la situación actual de Kalpha, excepto por el último informe.

[Ah, y tal y como pediste, todos los asuntos han sido resueltos].

«¿Resueltos?».

[Sí, desde ayer el inframundo de Asteria está bajo el control total de nuestro Kalpha].

«?»

[Nadie en el inframundo de Asteria puede detenernos ahora. Felicidades, conde].

«...??»

Por un momento, Alon se quedó mirando sin comprender las palabras de Altia.

Apenas había hecho nada, y sin embargo se había convertido en el rey del inframundo.